

VII

Había en París en 1524 un estudiante español que pasaba por sano de espíritu, porque era devoto. Era un hidalgo, que tenía por nombre de familia Íñigo López, caballero navarro, que había ejercido el oficio de las armas, y se le rompió una pierna en el sitio de Pamplona.

Dejó el ejército para entrar en el servicio de María, y después de haberle hecho la velada de las armas la dedicó solemnemente su pierna fracturada por un *ex-voto* en regla en la iglesia de Monserrate.

Mientras que Íñigo López se consagraba en París á la Virgen en su calidad de caballero sirviente, uno de sus condiscípulos cortejaba á una dama menos respetable del foburgo San Marceau. Una tarde de hielo que este último atravesaba el puente de Bièvre para ir á una cita, oyó que subía una voz sepulcral del fondo del río. Íñigo López, sumergido hasta el cuello en el agua helada, le suplicaba que volviese atrás, y le amenazaba de que en caso de negativa, permanecería en su baño frío hasta por la mañana.

Diez años después; en quince de agosto, día de la fiesta de la Virgen, Íñigo López, que es conocido y lo llamaremos por Ignacio de Loyola, organizaba sobre la punta más alta de Montmartre, y al pié de los molinos, una cruzada iniciada entre siete, de los cuales eran tres españoles, un portugués, un francés, un saboyano y un flamenco para ir á recobrar la Palestina, de Mahomet; y de aquellas siete cabezas llenas de viento de la colina, surgió la corporación que en nuestros días debía monopolizar el Cristianismo.

Lutero había rasgado el velo del templo, y dividido en dos la cristiandad. El papado hubo de hacer su examen de conciencia, y golpeándose el pecho, procurar congraciarse con el destino, porque la perseverancia en el mismo error no podía acarrear sinó la propia consecuencia. No quedaba, pues, á la Iglesia Romana después que habló Lutero, sinó el recurso de arrepentirse, ó de corregirse.

¿Arrepentirse? sería una confesión; ¿corregirse? era una reforma. Pero toda reforma á los ojos de un papa, por más legítima que sea, es una caída, una negación de su infalibilidad. La flaqueza de la infalibilidad es la incorregibilidad.

El papado encerrado en la majestuosa inmutabilidad de su fe en sí mismo, rehusó tomar el paso del siglo y marchar por el camino de la humanidad en busca de un ideal mejor de religión; de donde resultó un duelo á muerte entre él y el Protestantismo. Le fué necesario para sostener la tucha una milicia hasta entonces desconocida, monacal y mundana á la vez; monacal para beneficiar con los privilegios de la

Iglesia; y mundana para obrar, más de cerca, sobre todas las clases de la sociedad.

Ignacio de Loyola le proporcionó esta milicia, no ya para servir contra el Islam en Asia, sino contra la reforma en Alemania; y á fin de aparentar á todas luces que la sociedad de Jesús era ante todo una institución de combate, le dió el nombre militar de *Compañía*, y conservó para sí el título no menos guerrero de *General*. «No residimos», ha dicho Suares, «acampamos y cambiamos, sin cesar, de guarnición, como un ejército en campaña.»

El jesuíta una vez incorporado en la orden, no es ni francés, ni inglés, ni español, ni portugués, ni italiano, ni irlandés, ni polaco, ni alemán; él es todo esto en conjunto, y nada de esto en particular: es un sér desnacionalizado; un ausente de todas partes, hasta del mismo lugar donde se halle presente: no está adherido á la tierra sino por la huella de su paso sobre el polvo. Cuando se le pregunta el nombre de su patria, señala al cielo con el dedo y responde, *allá en lo alto*: fija en una palabra su orgullo en ser el primer bohemio de la cristiandad.

Renegado de la familia, no debe conservar con ella ninguna relación, y cuando encuentra á la mujer que lo ha nutrido con su leche, y mecido con su ternura, pasa por el otro lado de la calle por no tener que reconocerla, porque él la ha muerto para sí, por una especie de parricidio moral.

Las órdenes religiosas estaban generalmente sujetas á la obligación de clausurarse: sus miembros respectivos vivían entre cuatro mu-

rallas y no podían atravesar el postigo sino para mendigar por fuera, ó con un permiso del Prior. Comían en la misma escudilla; se acostaban en el propio dormitorio, daban vueltas en el mismo pasillo del claustro haciendo correr las cuentas de sus rosarios. Por lo tanto, desconocidos para el mundo, como estaban igualmente ignorantes de lo que en éste pasaba, ni podían tener aprehensión sobre sus acontecimientos ni ejercer influencia exterior alguna.

Una vida de guarnición detrás de un enrejado no podía convenir á una corporación militante que tenia precisamente por mandato, reconquistar la sociedad. La Compañía de Jesús, rehusó, pues, desde el primer día la existencia acuartelada del convento; no porque renunciase á la vida en común y bajo el propio techo, sino porque no aceptaba más que puertas abiertas para ir, venir, intrigar por todas partes en que hubiese una conversión que hacer ó una herencia que recojer.

El capuchón tenía el inconveniente de denunciar al monje, y de anunciar al que pasaba como capuchino, jacobino, franciscano ó benedictino; pero cuando el jesuíta circula quiere pasar desapercibido, y lleva simplemente el traje eclesiástico que lo distingue sin hacerle traición: quiere siempre estar de incógnito; busca el misterio; y cuando va á alguna parte, entre dos luces, anda siempre en la punta del pié y rasando con la pared.

Ninguno es incorporado en la orden, sino con la condición de pasar por un consejo de revisión y probar, á la evidencia, que está bien formado y con buena salud: todo individuo de-

licado, enfermizo, estevado ó cojo es impiamente rechazado. La sociedad de Jesús da tanta importancia al físico del hombre, como la que pone una joven querida para arreglar su porte y su fisonomía á placer del neófito, y su manera de mirar y de sonreír para más halagarlo; le está especialmente prohibido plegar la frente y fruncir el entrecejo.

Sólo después de una larga serie de iniciaciones, de pruebas, de experimentos de todo género es que el aprendiz jesuíta entra decididamente en la orden, y asciende al grado de profeso, pronunciando los cuatro votos de obediencia, de pobreza, de continencia y de propaganda. La humildad no figura en el programa, y la pobreza no se menciona sinó *sub conditione*. El Superior puede siempre dispensar de ella á su subordinado, con el fin de recoger una donación ó una herencia.

De todos estos votos, la Compañía no fija el más riguroso cumplimiento sinó en uno solo, el de la obediencia; obediencia completa, entera, absoluta, sin reflexión, sin réplica, sin reticencia. Si el Superior ha dado una orden, sea justa ó inicua, inocente ó culpable, el jesuíta, reducido al papel de mudo del serrallo, no tiene que examinarla, sinó que cumplirla. Cesa de ser una conciencia para pasar al estado de máquina. Cae más bajo que el esclavo, porque el negro, al menos tiene la propiedad de su fuero interno, pero el jesuíta pertenece en cuerpo y alma á la Compañía, y ésta puede mantenerlo en servidumbre, á pesar suyo, humillarlo con una palabra, cambiarlo de lugar por motivo secreto.

Decapitado de su inteligencia, amputado de su voluntad, lisiado de su conciencia, el ganado de Loyola no es más que un yo no sé qué, un residuo de hombre destituido de todo lo que constituye la humanidad. No piensa, no tiene voluntad, no obra ya por su propia iniciativa, y en la plenitud de su espontaneidad. Se le dice, cree, y cree: se le dice, haz, y hace. Sacrificador y á la vez holocausto por sí mismo, ha inmolido, en su propio sér, la primera dignidad de la existencia, la personalidad; y la primera condición de toda moral, la responsabilidad. No hay un crimen á que no alcance esta doctrina.

Para llevar al jesuíta á semejante mutilación del sér, y á tal suicidio de su persona era necesario trastornar su naturaleza, atrofiar en él ciertas facultades para desenvolverle otras desmesuradamente, y someterlo, en una palabra, en cuanto al orden moral, á esa sabia higiene del trasformismo que, en el orden físico, hace del ganado común el ganado Durham.

Ahora bien; para desnaturalizar al hombre en jesuíta, Loyola recurrió al rebajamiento de *los ejercicios religiosos*. Se encierra, primero, al soldado de Cristo, como él se llama, hablando de sí mismo, en una celda oscura, iluminada por un cirio, al frente de una cabeza de muerto, con la consigna de pensar únicamente y durante ocho días, en el infierno, hasta la hora en que, á fuerza de mantener su espíritu fijo en la misma idea, llega á ese estado de ilusión, que le hace ver realmente, con los ojos de los sentidos, á los demonios volver y revolver con las puntas de sus horquillas á los condena-

dos sobre sus parrillas, y hasta percibir el eco de sus quejidos y sollozos. Entonces ruega, llora, se da golpes en el pecho y azota su cuerpo para rescatarlo de la condenación, hasta que ya supone, que por virtud de esta piadosa flagelación que llega á sangrar, ha podido apaciguar la cólera divina y pagar el rescate de la salvación eterna. Esto es lo que se llama en la jerga mística, *la purificación*.

Después de este primer ejercicio, el jesuita pasa á la maniobra de la contemplación en una cámara inundada de rayos de sol, y embalsamada de perfumes. La contemplación consiste en meditar sobre el Cristo, en resucitarlo de nuevo con la imaginación, en elevar su imagen á tal timbre de diapasón que se tenga realmente á Jesús delante de sí en carne y hueso, que se penetre en él, que se forme parte de él mismo, que se nazca con él, se le acompañe en la cuna y se muera con él sobre el Calvario. Y es entonces cuando el jesuita se evoluciona hasta el estado *de perfección*.

Pero ¿qué es la perfección? Es la unión en Dios. Y la unión en Dios ¿qué es? La abdicación, la fusión, la confusión de su sér en el sér Divino. Gracias á la unión en Dios, el jesuita da un salto que lo lleva al cielo y vive anticipadamente en plena beatitud.

Hé aquí todas las pruebas á que los hijos de Ignacio tenían que someterse. El reverendo padre Bode que las había sufrido declara, que no hay alcohol más activo para encender el cerebro y darle la inflamación del fanatismo. Los jesuitas como los jefes de bandas no tenían otro valor en realidad que la fuerza del poder que los tomaba á

su servicio. Ellos llevaban al papado una tropa admirablemente disciplinada, organizada y equipada para batallar contra la Reforma. El papado la tomó naturalmente bajo su protección, con tanto mayor interés cuanto que la Compañía tenía siempre el cuidado de acariciar su fibra más voluptuosa; su pretensión de infalibilidad, aun sin autorización de concilio, y su aspiración á la soberanía universal sobre todos los Estados de la cristiandad.

El papado le concedió, pues, en reconocimiento de su adhesión á la Santa Sede, prerrogativa sobre prerrogativa; exención de todo impuesto; patente para confesar en todas las diócesis, con ó sin el permiso del diocesano; licencia, en fin, para vender, comprar, traficar, heredar y alzarse, en caso de no hallarse conformes, para un tribunal privilegiado, compuesto únicamente de jesuitas: de manera que, los reverendos padres, jueces en su propia causa, tenían siempre la seguridad de ganar sus pleitos.

El jesuita empleaba su ley aparte, su jurisdicción aparte, su geografía misma aparte. En el antiguo mapa histórico de la Francia el jesuita había superpuesto otro nuevo marcado con su nombre, como si fuese una tierra conquistada; porque siempre en campo volante y en merodeo de almas, no hacía, como el beduino, sinó plegar y desplegar su tienda. Señor del mundo, desde Oriente á Poniente, no tenía más que una capital de una patria sin fronteras, cuya capital se encerraba por completo en una celda, sin más eco que el de la voz de su general.

VIII

El que tiene en su poder la juventud, posee el porvenir, se ha dicho; y los jesuitas lo sabían antes que Leibnitz. Para apoderarse de la sociedad futura, habían agregado á los votos de las otras órdenes, el voto de la enseñanza. Apenas ponían los piés en una ciudad, por una puerta ó por otra, pero siempre á pasos sordos, por temor de divulgar su presencia, fundaban un colegio, ó, como ellos decían, un gimnasio; y de esta manera, sembraron por todas partes sus establecimientos de instrucción, teniendo cuidado, no obstante, de situarlos sobre los lugares estratégicos más favorables á su obra de propaganda.

La Sociedad de Jesús no fundó, sin embargo, escuelas en ninguna parte. ¿Para qué hubiesen éstas servido? ¿Para enseñar al pueblo á leer y escribir? Pero ese pueblo no se ha hecho sinó para obedecer y trabajar. La ignorancia es la paciencia de su suerte, á la vez que la garantía del clero. El día en que supiera leer, ¿qué leería? ¿Acaso la Biblia? Instruir al hombre de la gleba no puede ser sinó un acto de crueldad, sería exponerlo á ver en claro su destino; los antiguos

ejercían la caridad de sacar los ojos á sus esclavos antes de ponerlos en la muela del molino; la ceguera les preservaba del peligro de la comparación. La resignación es la virtud de la servidumbre; y cuando los jesuitas tomaban algún criado á su servicio, la primera condición que exigían de cada uno de ellos, era que no supiese deletrear, y mucho menos escribir.

¿A quiénes enseñaban, y qué enseñaban? Ellos enseñaban con toda preferencia á los que se llamaban hijos de familia, vástagos más ó menos blasonados de las tres ó cuatro aristocracias combinadas de la espada, de la toga, de la administración y de la riqueza. Ellos no enseñaban por el solo placer de instruir, sinó por introducir á sus educandos en la corte, en el ejército, en la Hacienda ó en la Iglesia. La Sociedad de Jesús no ha sido jamás, en sustancia, sinó una agencia de reclutamiento que sonsacaba, ó mejor dicho, relajaba al padre por medio del hijo, al marido por el de la mujer, y al Estado entero por el de una afiliación secreta que lo encubría como de una inmensa redada.

En cuanto á su enseñanza, era todo cuanto podía esperarse de gentes que hubieran tomado por palabra de orden: «¡Guerra al espíritu humano!» Ellos debían, pues, instruir sin dar instrucción, é imaginar un sistema de pedagogía que no fuese sinó un soporífero de la inteligencia, y bastaba para esto un género de instrucción que tuviese todo el mérito de la ignorancia; la palabra en el lugar de la idea; la memoria en el lugar de la reflexión. Los jesuitas no enseñaban á sus alumnos á reflexionar,

sinó á recitar, y no desenvolvían en éstos sinó la memoria y siempre la memoria, aunque sus cerebros se convirtiesen en la hipertrofia de una sola facultad, y precisamente de la facultad pasiva. Era necesaria una cabeza bien robusta para escapar á la influencia de higiene cerebral que enervaba toda iniciativa, como toda originalidad de pensamiento.

¿La ciencia? ¡Página en blanco! ¿Puede llevar á otra cosa que á la incredulidad? Ella no es sinó una enfermedad del espíritu, ha dicho de Maistre, este otro Ignacio de Loyola. «El pueblo más grande, según él, es el pueblo más temido de sus vecinos: la ciencia no da más que pereza al empleado.» «Jamás, añadía, ningún miembro de la Academia ha tomado una fragata al enemigo.»

¿Historia natural? ¡Artículo que debe suprimirse! ¿Hay una cosa más ridícula que mirar una brizna de yerba con el lente, ó estudiar la crónica de un coleóptero que pasa del estado de larva al de mónstruo alado, condenado á vivir sólo un mes en la primavera, y á zumbar en rededor de una flor?

¿La geología? Cosa inútil por no decir sediciosa contra Dios. El Génesis basta para conocer la fecha de la creación; y toda otra cosa no puede ser sinó una antedata inventada por el ateísmo.

¿La astronomía? Baja los ojos ¡oh, hombre! porque elevándolos al cielo podrías cometer un sacrilegio. La Inquisición ha tenido razón en agarrar por los cabellos al viejo Galileo y magullarle la cabeza contra la losa de un calabozo para forzarlo á renegar, con la boca en el polvo,

de la rotación de la tierra, mientras que ésta seguía dando vueltas bajo los piés de sus verdugos.

¿La historia? La ciencia del pasado, ¿no es, según la opinión de Maistre, un conocimiento *infecto* que no puede sinó dar fiebre pútrida al pensamiento? ¿Es, acaso, necesario enseñar á la juventud el nombre del que puso á Carasona á fuego y sangre, del que asesinó á Enrique III, del que asesinó, también, á Enrique IV, y del otro que, igualmente, asesinó á Guillermo de Orange? Ocultemos el pasado al presente, porque se arriesgaría tener que maldecir al papa Alejandro VI, que, de Maistre conviene en designar, simplemente, como *mal sujeto*.

Tal instrucción, tal educación; el mismo fin, el propio sistema: embrutecer, envilecer; tal es el programa, tomando parte en ello el látigo y el espionaje: el zurriago tan pronto aplicado por un vapulador con título, como por la mano de otro educando para entretener el principio de fraternidad.

Los jesuitas obligaban á sus colegiales á espionar á sus condiscipulos, y lo que forma la obra maestra del arte, á ser todos recíprocamente espías entre ellos mismos. Les persuadían que mantuviesen una correspondencia íntima con la Virgen María, y para recibirla, instalaban un buzón al lado del altar. Los alumnos depositaban en él los más recónditos secretos de su alma, como si la Virgen sola hubiese de tomar conocimiento de ellos; y los padres los leían y anotaban.

¿Y cuál era la devoción que tenía lugar en su sistema de educación? Levantarse á las cinco de

la mañana, para lo cual un padre recorría el dormitorio con una campanilla en la mano, gritando, *Benedicamus Domino*, y respondiendo los niños desde su lecho, *Deo gratias*; un cuarto de hora después, bajaban al estudio: se rezaba la oración de la mañana; y después de ésta, lectura espiritual: sonaba el *Angelus*, y la clase recitaba el Ave María: á las siete, misa en la capilla; y de la capilla pasaban al refectorio. *Benedicite* al llegar, y *gratias* al salir.

A las ocho, recreación, los educandos, al entrar en el patio, caían de rodillas, y empezaban sus juegos por una oración: á las ocho y media volvían á la clase, y otra genuflexión seguida del *Veni Sancte Spiritus*; después de la clase, cuarta y quinta recitación de la oración *Sub tuum*. Segunda recreación, precedida de una oración: después una clase de un cuarto de hora inaugurada por una repetición de *Veni, Sancte*; después, al punto del medio día, un *Angelus*: para la comida: un *Benedicite* de nuevo al principiar, y *Deo gratias* al concluir: después, recreación con su oración siempre: enseguida, estudio, con otra oración de *Veni, Sancte*, y para terminar, el eterno *Sub tuum*: seguía la recreación; ide rodillas! antes de jugar; después, el estudio de la tarde, y como necesario, recitar, por final, todo el rosario.

Llegaba, por último, la cena con lectura espiritual, y después, el examen de conciencia y la oración de la noche: en todo, veinte genuflexiones por día y paternosters en latín, sin contar los extras del domingo, del viernes Santo, del sábado por la mañana, de la cuaresma, del retiro, y del mes de María. ¿Queréis

saber lo que puede producir sobre el cerebro el cosquilleo continuo de la oración? Pues observad el rostro de un escapado del jesuitismo.

Es muy difícil ser católico, y salvarse. El dogma bilioso de la Edad Media había puesto la salvación á tan alto precio, que el alma más piadosa, cuando hacía el balance de su conciencia, se encontraba obligada á reconocer que el saldo contra él era impagable. «Condenado por condenado», decía, «ya que, con la interminable nomenclatura de los casos de perdición por el menor pecadillo, vale tan poco una partida más ó menos, ó regatear un cuarto de hora al placer, gocemos y muramos.» La gente se arriesgaba á separarse de la Iglesia, porque el exceso de rigorismo había acarreado, también, un exceso de desaliento.

Entre Dios que pedía demasiado y el pecador que rehusaba pagar, el jesuitismo intercaló la transacción de lo casuístico; inventó la absolución, á barato precio y se bajó la adquisición del cielo, con lo que llegó, también, á dominar al sexo, á la vez, más seductor y más susceptible de seducción.

El filósofo no se arrepiente, pero se corrige: el devoto no se corrige sino se arrepiente; pero la devota ni se arrepiente ni se corrige. La penitencia, para ella, es una voluptuosidad, ó á lo menos, una reminiscencia. ¿Por qué ha de ir usted tan frecuentemente al confesionario? preguntaba un quidam á una pecadora de buena familia: ¿Usted no debe decirlo todo á su confesor?

Absolutamente todo, contestó, con riesgo de ponerlo en ascuas, porque al volver á repetirlo,

me parece que empiezo de nuevo. Y su ojo brillaba y su mejilla ardía, porque sentía en su organismo la emoción del recuerdo.

Una napolitana tomaba sorbete una tarde sobre el terrado de su villa, y absorbida en el éxtasis de la materia, al sentir los últimos rayos del sol poniente sobre la abrasada bahía de Sorrento. «¿Por qué no ha de ser esto un pecado?» dijo con un suspiro. Esta devota refinada tenía por director de su conciencia á un jesuíta.

La confesión, en la mano de un jesuíta, es una empresa de lavado que permite limpiar tanta más ropa, cuanto mayor facilidad se tenga de lavarla.

Hasta la venida de Loyola se había creído que la moral era una, que el bien era el bien, y el mal el mal, sin que pudiera, jamás, derribarse el tabique que los separa, uno del otro, para someterlos á una promiscuidad desconocida. La Compañía de Jesús encontró la división demasiado infranqueable, y para aproximar la distancia del mal y del bien, imaginó un nuevo sistema de moral que llamó el probabilismo. Este consiste en suponer probable la inocencia de un acto, para cometerlo después con toda seguridad de conciencia.

Un jesuíta, á pesar de su voto de celibato, podía casarse con una mujer, cuando pensaba que probablemente Dios le había otorgado en confianza el permiso de hacerlo. La probabilidad cubría con su manto este matrimonio que hubiese pasado, de otra manera, por un sacrilegio. Si, no obstante, auxiliado por la reflexión, creía más probable que Dios no lo había

redimido por medio de una palabra á su oído, del voto de castidad, ¿podía, bajo la fe de una probabilidad menor, contraer aquella unión? «Sí, respondió autoritativamente, el reverendo padre Castro Palo. Cuando un hecho parece plausible, poco importa que el acto contrario parezca todavía más cierto.»

Si el juez, estima, dice por otra parte, el Padre Gregorio, que dos opiniones opuestas son igualmente probables, puede, lícitamente, para complacer á su amigo, juzgar según el deseo de éste. Podría en todo caso, para hacer un servicio al mismo, dar su juicio, ya con arreglo á su propia opinión, ya conforme á la contraria, con tal que no resultase escándalo de ello; porque no es el acto en sí, lo que es condenable, sino el escándalo, al decir del padre Gregorio. Ser parcial, es decir, ser injusto á la sombra, en secreto, nada más aceptable, porque la moral está satisfecha desde el momento en que la injusticia permanece oculta; pero la parcialidad á la luz, la injusticia en público, hé aquí el mal, en la doctrina sectaria de Ignacio.

¿Cómo es posible que la Providencia haya podido imponer la moral al hombre como la única vía de salvación, y darle al mismo tiempo una mirada doble que le muestre dos caminos en sentido respectivamente contrario? ¿Tú me dictas una ley; y ¿esta ley es equívoca? ¿Me ordenas que siga la verdad? ¿y me retiras la noción de ella? ¿Qué quiere esto decir? «Es por exceso de bondad, responde el jesuitismo, por lo que la Providencia nos conduce de incertidumbre en incertidumbre, por el laberinto del probabilismo, con el único fin de ayudarnos á

llevar más agradablemente el yugo del Señor,» dice Griobard.

La doctrina del pecado filosófico corona dignamente la ficción ingeniosa del probabilismo. El pecado filosófico es el medio de pecar indefinidamente sin comprometer jamás la salvación. Se puede matar, se puede robar impunemente, con la condición, sin embargo, de que en aquel momento se piense en otra cosa que no sea el asesinato ó el robo; ó bien, que se suponga, al cometer uno ú otro acto, que se le comete en interés ó por afecto hacia la víctima.

El margen era ancho: yo te mato por tu mayor bien, ¿de qué, pues, te quejas? Basta que se haga el mal con buena intención: ¿Cómo con buena intención? Basta hacerlo, tomando la precaución de ignorar que se le hace, ó dejando divagar la voluntad, durante el tiempo de practicarle, por horizontes lejanos, para que el crimen revista en aquel momento un ropaje de inocencia. Nada de intención, nada de voluntad; y si no hay voluntad, no hay pecado, en virtud de que, para delinquir, es preciso querer pecar. El cuerpo se ha aprovechado simplemente de la ausencia del alma para cometer el delito.

Es por esta puerta de dos anchas hojas del pecado filosófico y del probabilismo, por donde el jesuita logró introducir en el Catolicismo la teoría de la corrupción, de la intemperancia, de la mentira, del asesinato y del perjurio. Con un *distinguo* inteligentemente aplicado, trasformaba, á su voluntad, el crimen en un simple accidente amnistiado, de antemano, de toda idea de criminalidad. Bajo su mano, siempre colmada de inefables caricias para el pecado, toda

frontera entre el bien y el mal tenía, por extremo que desaparecer.

¿Por qué Dios ha querido, preguntaba un jesuita á una dama, que el pecado pasase por el oído del sacerdote en el tribunal de la penitencia, para llegar hasta El, cuando podía contentarse con la confesión directa del pecador?

La dama balbuceaba una respuesta, y el reverendo padre, moviendo la cabeza, le contestó: «Es porque los merecimientos del confesor, contribuyen á que El pueda perdonar, mucho más, al culpable.»

El jesuita, al salir del confesionario, entra en la casa con el título de director de la conciencia; y forma, en lo adelante, parte de la familia, como el tercer personaje de una especie de trinidad: él consuela á la mujer, restituye la paz á su alma; alienta al marido, y algunas veces llega hasta reemplazarlo. ¿No es él mismo el que ha entronizado en el mundo devoto ese culto extraño de San José que no es otra cosa que la apoteosis del marido que no es el padre del hijo?

Si la confesión sirve para alguno, es precisamente para el confesor. Ella es para él, la clínica del alma enferma, que, como la ha confesado por largo tiempo, la conoce á fondo, y la ha visto en plena luz, y estudiado con el microscopio, para saber todo lo que hay en ella de bajo y de brutal; y tiene, por tanto, sobre el simple psicólogo, toda la superioridad que da la experiencia sobre la teoría.

La confesión ha revelado al jesuita lo que la anatomía enseña al cirujano: hace tres siglos

que él experimenta *in anima vili*; que disea, que acumula observación sobre observación, y ha concluido por extraer de su profundo conocimiento acerca la podredumbre del corazón humano, una religión nueva que no sintetiza otra cosa que la explotación inteligente, razonada, sistemática de todas las debilidades, de todas las pasiones, de las ignominias todas de la humanidad.

Infiltrada de esta manera la Sociedad de Jesús en todas las venas de la sociedad, por la instrucción, por la predicación, por la confesión y por la dirección de la conciencia, ha podido realizar, de uno en otro siglo, su largo trabajo de absorción lenta, sorda, molecular, alma por alma, de todo lo que está más alto, de todo lo que está revestido de saber, y puede prestar auxilio eficaz á la Compañía. Ella atrae, afilia, concentra á su rededor una segunda sociedad de Jesús puramente laica, y toda ella tan misteriosa y no menos temible que la Santa Hermandad, porque asocia al hábito talar del jesuíta conocido, el traje corto del jesuíta secreto; y este traje corto es la Nobleza, es la Corte, es el Rey, es la Reina, y lo que es más aun, la favorita. Lo que importa á la salvación del mundo es que el Monarca haya puesto su conciencia en las manos de la Compañía de Loyola. Cuando el jesuíta confesor entra en un palacio, salvaos, que la muerte va á salir de allí.

IX

Se puede seguir á los jesuítas desde trescientos años atrás por el ancho surco de crímenes que han dejado á su paso. Por todas partes donde la sangre ha corrido en nombre de la religión, han metido la mano hasta el codo, con el asesinato. Ellos han podido encubrirlo después; pero lavad la mancha, y veréis que queda inextinguible siempre su sombra.

Había en el fondo de la Calabria, un puñado de reformados que creían, con toda la ingenuidad de su alma, que las austeridades del Calvinismo podían encontrar su asiento al borde de las olas amorosas, y bajo los mirtos del Mediterráneo. Por virtud de una orden expedida en Roma, sus aldeas fueron quemadas, y sus habitantes conducidos al matadero en prolongadas filas de prisioneros de ambos sexos, encadenados de dos en dos; sin que nadie escapase al suplicio. El carnicero de la Iglesia los despachaba sucesivamente; vendaba los ojos de las víctimas y les cortaba la garganta; después tomaba el cuchillo entre los dientes, y esperaba que se le llevase otro hereje que degollar, dejando enseguida sus cuerpos palpitantes sobre la yerba.

El jesuíta Xavier, de quien se ha hecho un santo, presidía este trabajo de carnicería. La

tribu Alpina de los vandences vivía en paz á las faldas de la montaña, bajo su techo de nieve. Ellos no pedían al cielo y á la tierra sinó que les dejasen cantar sus salmos en los templos de aire libre, á la sombra de sus abetos y al sonido de las campanillas de su rebaño. La Compañía de Jesús lanzó sobre ellos sus perros de presa y el pueblo Vandés no fué desde entonces sinó un osario. El jesuíta Possevin fué el organizador de la matanza.

En el mes de mayo de 1562, un millar de hugonotes, la mayor parte estudiantes, se apoderó, durante la noche, de la casa municipal de Toulouse. La población católica toca á rebato y ataca á los protestantes, sin poder desalojarlos del Capitolio: al cuarto día les propone una capitulación que los protestantes aceptan; pero apenas han rendido sus armas, cuando el ejército católico los asesina, exclamando: «¡Muerte á los hugonotes!» y fuerza, enseguida, las casas para degollar á todos los desgraciados sospechosos de profesar el Calvinismo. «Yo no vi jamás volar tantas cabezas como allí!» dice Montluc.

¿Quién, empero, lanzaba al asesino por la espalda, y le había marcado con el dedo las cabezas que debía cortar? Siempre la Compañía de Jesús.

Fué también ella, la que, primero que nadie, subió al campanario de San Germán l' Auxerrois para tocar á rebato la noche de San Bartolomé; ella, la que marcaba con tiza la puerta de los protestantes; ella, la que corría por las calles con el crucifijo empuñado, gritando: «Matad». Y cuando Enrique IV, más tarde, firma

la tregua de Dios del Edicto de Nantes, firma, al mismo tiempo, su sentencia de muerte; porque un jesuíta lo espera con el cuchillo asesino en la mano, en un escondite de la calle de la Ferronnerie.

El santurrón papista de anchas mandíbulas de león que reinaba en el Escorial al subyugar los Países Bajos encontró de frente á Guillermo el taciturno que le disputaba, palmo á palmo, los terrenos hornagosos sembrados de rosales de la Holanda, y un jesuíta lo mata entre dos puertas, de un pistoletazo.

La Reforma había principiado por Alemania, y allí, sobre todo, era más necesario abatirla; por lo que, los jesuitas desencadenaron sobre su suelo la guerra de los treinta años, donde desempeñaron el papel de ojeadores, y multiplicaron la caza. Empezaron por la Bohemia, y de tres millones de habitantes que contaba, no quedaron sinó doscientos mil que ni tenían, si quiera, el recurso de mendigar. ¿Quién hubiera podido darles limosna? ¡Campos aniquilados, tierras eriales, montones de ceniza! El jesuíta Balbino que asistió á su exterminio se quedaba sorprendido de que aun se encontrasen vivientes en Bohemia y se complacía en llamar vivientes á espectros de hombres errantes sobre pilas de escombros.

De la Bohemia refluye la guerra á la Silecia. Los jesuitas hicieron allí la campaña resguardados á la grupa de los dragones de Lichtenstein. La Silecia es agarrotada por los cuatro miembros y sangrada de las cuatro venas, *estote ferventes*. «Manteneos fervientes, grita el jesuíta Fosen á los soldados de la Iglesia, y

por todas partes en que encontréis resistencia, conceded el fuego hasta que los ángeles sientan quemar sus piés y vean fundirse las estrellas.»

La paz de Westfalia puso tregua á la matanza y proclamó la libertad de conciencia. El papa protestó y Loyola rugió; y no habiendo ya sangre que derramar en Alemania, los jesuitas se dirigen á operar en Inglaterra. Santiago II reinaba allí, y éste era su hombre. Un tonto para prestarse á todo; que todo lo acometía, por lo mismo que no tenía conciencia de sus actos, y que empleaba tanto mayor encarnizamiento en realizarlos, cuanto más amor propio lo dominaba. Este badulaque coronado, azuzado por el jesuita Peter, emprendió hacer que el pueblo inglés apostatase de la Reforma al Catolicismo, y, algún tiempo después, murió refunfuñando su rosario.

El valle de Chevreuse contenía, detrás de sus arboladas orillas, un oasis de estudio y de oración, á donde los desencantados del mundo iban á buscar la paz del alma en la calma de la soledad. Pascal se refugió allí para salvarse de su razón, que le había importunado más de una vez, y quiso poner entre ella y él las rejas de Port-Royal.

Los jansenistas eran más que santos; eran sabios. No tenían otra pasión, que el retiro; otra ambición, que la edificación ó la instrucción del prójimo; y alcanzaron el mérito de perfeccionar los métodos de enseñanza. Su curso contrariaba á los jesuitas porque temían la comparación, y buscaron querrela con sus rivales sobre una de esas cuestiones llamadas á ridiculizar la teología. ¿Cuándo es eficaz, su-

ficiente ó concomitante la gracia? Pesad huevos de mosca en una tela de araña, y tendréis la solución del problema. Pascal tomó textualmente la moral de los jesuitas, y la marcó tan hondamente con hierro candente, que el Santo óleo de Roma no ha podido curar, todavía, la gangrena de la llaga.

Un jesuita confesaba á Luis XIV, y su penitente nada le rehusaba.

El teniente de policía de Argenson salió una noche de París á la cabeza de una compañía de arqueros: puso cerco al convento de Porta-Royal de los campos, y por la mañana al salir el sol, arrancó á las religiosas de sus celdas para dispersarlas por los cuatro ángulos del Reino. Una de las monjas agonizaba en los momentos del golpe de mano, y un subalterno se apoderó de ella á viva fuerza para arrojarla en un carro, donde espiró durante el trayecto. Cuando no hubo ya una sola alma con vida en Port-Royal de Argenson, se derribaron á pico los muros y no quedó una piedra sobre otra del claustro santificado por la piedad y por el genio.

Pero las tumbas quedaban allí, y como de esas fosas cubiertas por la yerba podían salir las sombras gemidoras de los primeros solitarios del valle de Chevreuse, en una noche tempestuosa y bajo un cielo de fuego, unos sepultureros ebrios abrieron esas fosas, sacaron de su seno los cadáveres, y después de haberlos mutilado á golpes de azada, los apilaron confundidamente en carros para esparcirlos por los caminos. A cada vaivén de los vehículos se desprendía una pierna ó una cabeza, que los perros devoraban enseguida ó arrastraban á

sus madrigueras; mientras que, á dos pasos de allí, se jugaba en Versalles al faraón ó al amor, ó se hacían trampas á uno y á otro juego.

Pero el Jansenismo no se encerraba por entero entre cuatro muros; y no salió de Port-Royal sinó para entrar en el Parlamento, donde los jesuitas se lo encontraron más tarde.

La ciudad de Thorn en Polonia era Luterana. Los reformados, ó como se les llamaba, los disidentes, poseían en ella un Gimnasio: los jesuitas fueron, muy luego, á fundar allí un Colegio, donde educaban, naturalmente, la nobleza Católica de aquella república á caballo, y donde el nuncio del papa reinaba con el nombre de un rey de paso. Ahora bien; un día en que los reverendos padres sacaron una procesión, un estudiante del Gimnasio luterano conservó puesto su sombrero al pasar aquella, y otro que lo era de los jesuitas se lo arrojó al suelo; el primero se irrita, y los jesuitas se apoderan de él y lo encarcelan en su colegio.

Al saber esta violación, el pueblo se indigna, se amotina y reclama al prisionero, y en vista de que se rehúsa libertarlo, rompe las puertas del Colegio, y arroja sus muebles por las ventanas. La Dieta estaba congregada en aquel momento; reclama del gran Canciller la persecución del sacrilegio, y se extiende, por complacer á los reverendos padres, hasta á confirmar anticipadamente, la sentencia que se dictase. El Tribunal de consulta condenó á los primeros magistrados de Thorn, completamente inocentes de un tumulto que ellos no habían podido ni prever ni evitar, los unos á ser decapitados, y los otros á la hoguera.

Para ejecutar esta sentencia, faltaba una sola formalidad, que era el juramento de los reverendos padres. El nuncio les había hecho saber que todo juramento prestado ante el poder civil les imponía degradación, y los hacía irregulares; pero, ¿qué discurren estos discípulos de Escobar? Comisionan á tres novicios que no habían pronunciado todavía sus votos, para que hiciesen el juramento exigido por la ley, y al favor de esta maniobra impía, obtienen que se lleve á cabo la ejecución de los condenados, y la confiscación de sus bienes en provecho de los jesuitas.

Las víctimas fueron al suplicio, marchando á su cabeza el burgamaestre de la ciudad, anciano de setenta y dos años. Tal vez, á esa misma hora, el rey de Polonia, luterano de nacimiento, católico por ambición, musulmán en medio de su Harém, daba á sus palatinos una de esas fiestas en que se tiraban cien cañonazos que marcaban otros tantos vasos de licor. El asesinato jurídico de Thorn fué la sentencia de muerte de la Polonia.

Con el intervalo de una generación, la emperatriz de Rusia tomó bajo su protección á los disidentes, y en nombre de la libertad de conciencia, desmembró Catalina II á Polonia, que, desde entonces, nación caballerescas, condenada á un suplicio desconocido, no pudo ya ni vivir ni morir. De tiempo en tiempo, ha salido de su tumba para presentar su pecho al tirano, y decirle: «hiere una vez más»; y éste la fusila de nuevo, y ella vuelve á sumergirse en su fosa, y la losa que la cubre cae más pesada sobre el cuerpo de la víctima.